



*Sin Bendición*  
Dana Hart



# I

Encargarse de un convento es una tarea ardua. Consta de muchas partes, que se suceden una tras otra, sin consideración de la fatiga.

La Madre Ilustración tarareaba una canción mientras hacía sus deberes. Parece mentira que Dios no haya podido brindar una mejor organización de las tareas.

Su rostro se arrugaba por el sol, y los agobios de la vida. Haciéndole surcos que cruzaban su espacio facial, de izquierda a derecha, igual que un tigre. Era una buena mujer, entregada a una vida célibe.

Duerme en una habitación de una sola cama, que tiene una cruz, con un Jesús ensangrentado, cabizbajo. Que refleje el sufrimiento y se traspase, de generación en generación. Que reviva. La luz

es tan blanca que parece un hospital, y se escucha también, ese sonido del silencio profundo, el bullicio de lo que está ocurriendo, secretamente, en alguna otra parte.

La nostalgia se apodera de ella cuando es invierno y llueve, pero el resto del tiempo, está con una sonrisa en su pálida boca. Aprendió a leer cuando apenas tenía tres años. Su madre le enseñó, así que ahora lee en latín, obras originales que revuelve entre los libros de su habitación.

Se hizo religiosa cuando su casa no se quemó, en un incendio que arrasó con su pueblo, dejando su casita blanca intacta. "¡Es un milagro!", pensó, y abocó su vida a los divinos caminos del señor.

- Ay Dios mío. Virgencita Santa. Te pido que me des las fuerzas para desterrar estos pensamientos impíos. Te he servido Señor, en

cada hora valiosa de mi vida, y ahora, me encuentro... ¿Cómo decirlo, señor? ¿Cuál es la palabra?

La imagen del Jesús crucificado en su pared, no le contesta nada. Le habla y le pide piedad, como una cámara encendida. Sintiendo siempre el ojo, la mirada observante.

Casi siempre está sola con sus tareas. Barre lo que no tiene hojas. Y arregla lo que no se rompió. Solo por costumbre. Solo por si Dios está mirando. Y cuando no está sola, está con la Madre Superiora, que suele cargarla con dos o tres veces más tareas de las humanamente posibles.

- La Madre Superiora suele decir que Dios nos creó con la fuerza de una hormiga, capaz de

soportar varias veces nuestro peso. Yo no la veo soportando mucho peso a ella, pero tal vez es porque no es una hormiga. Dios ha de haberla hecho un bicho más sofisticado, como un avestruz.

Esta mañana me mandó al mercado. Uso mi carrito verde, para no romperme la espalda. No puedo mentir, debo confesar que a menudo pienso en los trabajos no pagos para el Señor. ¿Quién paga los trabajos para Dios? ¿Quién gana? A veces tengo una pequeña duda, muy pequeña, con respecto a todo aquello de la recompensa. Pero tengo fe, tengo fe de que sea cierto, de que todos estos esfuerzos, me garantice un pedacito de cielo.

Al mediodía salvé a una gata de una muerte horrorosa, eso también debería significar algo para el de arriba. No es que lo esté esperando.

Es solo que, no me parece ilegítima la pregunta sobre por qué, por qué, por qué, de algunas cosas. La Madre Superiora me dijo sacrílega una vez, pero fue solo una vez, cuando le pregunté cierta cosa.

Le pregunté si tal vez, ella creía en la posibilidad, de que aquel suceso de mi infancia, que tanto marcó mi vida, cuando mi casa no se incendió por esas llamas, hubiera sido una casualidad. “¿¡Una casualidad?!”, se apuró en decir, con ojos enloquecidos. “¡Eso fue un verdadero milagro, hija mía! ¡Tus dudas son sacrílegas!”.

Creo que esa fue la última vez que le pregunté algo. Tuve, dudas varias, sobre las abejas, cuando caminábamos por el jardín del convento. Sobre unas palabras en latín, cuando leíamos sobre las camelias. Y de

algunas cosas relacionadas con el sexo, que esas si que no las digo en voz alta. Pero no pregunté nada. No pregunto más nada. Por las dudas. ¿Quién quisiera ser sacrílega? Suena a sortilegio. Suena a algo que merece ser enterrado en un sarcófago y sellado con un maleficio. Tal vez, montones de plantas venenosas y una serpiente. Tal vez millares de pequeños escarabajos asesinos. Suena a preguntas que deberían estar bajo llave. Envueltas en candados. Pero entonces, soy yo la que se envuelve en candados. Preguntar, debe ser la mayor de las maldades para la Madre Superiora. El demonio tiene signo de interrogación. Claramente. Supongo que mi miedo más grande ahora, es quedarme sin su bendición.

La Madre Ilustración, miraba al Jesús en su cruz, y le hablaba. Repetía los elementos de su historia personal, como si no hubiese hablado de ellos nunca, y le daba vueltas, interminables, a asuntos miles de veces repetibles en su cabeza.

Cuando llegaba la noche. Todas las culpas bullían. Las túnicas que cubrían su cuerpo y su cabeza, caían. ¿Qué puede pasar, con la caída del sol, para que una mujer, se convierta en otra cosa? Está tan lleno de mitos y leyendas en el mundo de los hombres, que todo mundo se olvidó de observar a la mujer, en sus transformaciones manifiestas.

- No es que yo tenga una doble vida, Jesús. Ya se que si la Madre Superiora me viera, se espantaría. Probablemente me excomulgarían de inmediato, o peor, es



probable que me hicieran uno de esos exorcismos tan convencionales. Con vómito verde y cabezas dando vueltas sobre sus ejes. Yo no quiero nada de eso. No quiero que mi cara se deteriore con las quebraduras del demonio, ni que mis ojos salgan de sus órbitas, verdes, enfurecidos. Ni que me tiren agua bendita, mientras me arde la piel. Porque no soy nada de eso. No soy un monstruo. Es solo que, tengo otras necesidades, Jesús. No necesidades superiores, ni nada que te alcance ni a los talones ensangrentados, Jesús. Son necesidades simples, que invaden mi cuerpo humano.

No voy al baile. Ni me pongo unas faldas cortas para que me toquen los hombres. Tampoco salgo a aullarle a la luna, ni me

convierto en una princesa verde. Nada de eso,  
¡por la Virgen María!



- Lo mío tiene más que ver con una chispa, con el deseo inquebrantable de ver las flamas ardiendo, no para lastimar a nadie, no para dañar, sino para regar su calor. Solo Dios sabe, que yo fui, mi propio milagro.

La noche rasgaba el velo de la tarde, y la Madre Ilustración, empezaba a sentir una comezón en los dedos. Todo su hábito, tan prolijo y tan ordenado durante el día, sucumbía ante la picazón. Tenía que sacarse de encima cualquier atadura, cualquier tela que cubriera su cuerpo.

Era el último jueves de Agosto, cuando se puso encima una polera de mangas cortas, negra, no demasiado ceñida y salió sin que la Madre

Superiora se diera cuenta. Usaba una puerta trasera, que despedía a la gente por la cocina, y evadía los controles de ruido, caminando en puntillas de pie.

Cruzó los jardines del convento, como un ladrón, y salió a las calles nocturnas, terreno de nadie, donde ni Dios está observando, para convertirse en otra, en una que no es, en una escisión. Tenía el miedo del castigo divino, pero más miedo le tenía a su cuerpo, reaccionando ante la propia negación de su deseo.

Ya lo había experimentado una vez, aquella tarde de febrero, en la que intentó evitar que el fuego brotara de sus dedos, y terminó quemándose a sí misma, dejándose cicatrices para siempre. ¿Se puede detener un impulso irrefrenable?

Caminó hasta donde ya nadie la conocía. Hasta donde nadie pudiera decir que le habían visto

pasar, sin su hábito, envuelta en su cara de fuego. Y es que hasta la expresión le cambiaba en el rostro. Pasaba de la carita dulce y tierna de una monja citadina, a los ojos ardientes de un animal nocturno, que está preparándose para atacar a su presa.

Llegó hasta un pueblo vecino y vio las luces encendidas de una taberna. Entró allí, sintiendo el olor fuerte del whisky, combinado con el tabaco, y ese alcohol que se ha quedado impregnado en los taburetes, en la alfombra repugnante del suelo.

Todo parecía sucio, manchado. Dos hombres tomaban un trago ya vacío, con las cabezas agachadas hacia abajo, como si hubiesen estado allí desde siempre. Uno de ellos balbuceaba palabras incomprensibles.

La Madre se sentó junto a ellos y pidió el trago más fuerte, que se tomó de un solo sorbo, como si



fuera un marino o tuviese un cuerpo recubierto por el aceite. Escuchó por un rato las palabras inconexas del borracho y salió prendida, como una bengala, de nuevo bajo el manto de la noche. El alcohol recorriéndole la sangre, le hizo sentir que perdía la capacidad de ser la mujer diurna, e incrementó la escisión.

Miró sus pies, dirigirse hacia algún sitio, como si supieran hacia dónde, como si tuvieran consciencia propia. Se sintió hipnotizada. Dio vuelta por cuadras que no conocía, o creyó no conocer, hasta que llegó al silencio. Una vieja gasolinera abandonada, con las siglas de su marca caídas en el frente, la corrosión haciendo mella de los tanques embutidos y las plantas, que si se las deja, recobran el dominio sobre la tierra.

Olió el olor a gasolina, filtrándose por los latones agujereados y buscó gotas en el suelo, igual que

tesoros. Miró para todos lados, una luz de color naranja, alumbraba sobre su cabeza. No se veía a nadie en el horizonte. Algún perro perdido ladraba. No vio casas cerca, ni divisó a ningún buen samaritano o samaritana que pudiera sufrir con sus acciones.

Las manos temblorosas estaban listas para la acción. No es que quisiera. No es que su voluntad la impulsara hacia adelante. Era algo adentro de ella, implorando salir. Tan parecido a una enfermedad. Tan parecido a su cura. Siguió absorbiendo el aire por unos minutos. Y fue allí cuando apareció esa sensación. Esa sensación que ha sido la fuente de todos sus movimientos.

- ¡Purificar! ¡Purificar la tierra!; Como nuestro Señor el Eterno, lo hubiera querido. ¡Limpiar! Resolver lo impío. Quitarle la fuerza.

Devolverle la pureza. ¡Purificar! ¡Purificar la tierra!

Primero, agarró del suelo un papel, y sacó su encendedor de plata del bolsillo, para prenderlo y jugar con él un buen rato. Le quemaba los bordes, mientras sus ojos se iluminaban al verlo.

Después buscó hojas secas y repitió la operación. Le gustaba ver cómo se extinguían en el aire. Gateó sobre el suelo, hasta encontrar una rama, a la que quiso quemar por un extremo, pero la humedad no lo permitió. Siguió buscando entonces, hasta que la tela reseca de un cartel de la gasolinera, flameó con el viento frente a sus pupilas.

Se acercó, estiró la mano como un mástil, y encendió la mecha, que fue el único ruido que se escuchó en el lugar. El click del chispazo del encendedor de plata. La tela comenzó a

encenderse de inmediato. Conectada como estaba con los letreros de madera de la entrada, el fuego empezó, paulatinamente, a apoderarse del lugar. La sonrisa se dibujó en su rostro.

- No soy una mala persona, Jesús, te lo juro. No me veas. ¡No me veas! Tengo que hacerlo para limpiar la tierra de lo impío. Te prometo, te prometo que nunca más, que esta será la última vez. Solo una chispa más. Mañana lo dejaré. Mañana seré otra, ¡Dios mío!; ¿Por qué me hiciste con esta sed?; ¡¿Qué castigo cruel es existir?!; ¿Cómo puede funcionar un libre albedrío que nunca esté libre?

Se alejó hacia atrás dos pasos, diez pasos, cien pasos. Hasta que oyó el sonoro crujir definitivo de las estrellas. Las llamas llegaron a lo hondo de los empotrados, atravesando las mangueras, y en un abrir y cerrar de ojos, el lugar estalló por los aires.

Todas las máquinas se regaron por el entorno, con flamas en sus costados. El cielo se volvió de día, por un solo segundo, en el que la Madre Ilustración, se sintió un poco más cerca de su Dios.



### III

Volvió al Convento en puntillas de pie. El frío no penetraba en sus huesos. Se fue a dormir como un marido, que no escucha los llantos de ningún bebé. En sus sueños, siguió quemando papeles, ramas, hojas secas de los árboles. Tenía la sensación física de encender. Y se encontraba sumergida en su propia contradicción. No como Mr. Jekyll y Mr. Hyde, sino como una compleja trama de oposiciones dialécticas, una puesta sobre la otra, enfrentándose, mirándose frente a frente, bailando la danza de quien se apega a sus escisiones.

Cuando se despertó, se miró en el espejo. Se veía y podía ver la banda en la que se movían sus emociones. De noche, la barca de su ánimo transitaba por un lado de la banda, y de día, su

ánimo transitaba por el otro. Como un barco, que infinitamente, está envuelto en la marea. Era un ser complejo, para quienes dicen que la mujer, es un mecanismo simple, barato, de bajo nivel y siempre dispuesto. Porque no pueden ver en el reflejo, los profundos movimientos que la encarnan.

Se vistió con sus hábitos, bajo los cuales ocultaba su cabellera espesa y se puso los zapatos negros que tanto gustaban a Jesús, o eso creía ella, que imaginaba tener su aprobación desde lo alto de la cruz. Estiró su cama, con sábanas duras y almidonadas y fue a desayunar a la mesa.

Allí estaba ya sentada la Madre Superiora, con su cara sin sonrisa y los ojos de buscar, siempre buscar, algo por lo que llamarle la atención. Se había demorado demasiado en levantarse, y ahora el proceso de poner el agua, servir la mesa,

colocar las piezas de pan y la mantequilla, demoraría más de lo que la Madre estaría dispuesta a esperar sin hacer un comentario maléfico.

- Discúlpeme Madre, me demoré un poco al bajar, no es que me costara despertarme, es que estaba conversando con Jesús, discúlpeme...
- Jesús odiaría, niña, verte en esas ojeras, ¿qué no has dormido? Pareces un trapo viejo. Podría tomarte del cabello y encerar todo el suelo con tu cara.
- Le suplico que no haga eso, Madre.
- ¿Por qué? ¿Acaso no lo mereces?
- Discúlpeme Madre, no volverá a suceder.

El pan, se fue enfriando entre los dientes de la Madre Superiora, que comía como si estuviera en un banquete canónico con el mismísimo Papa. Con el pecho totalmente erguido, la actitud altiva, parecía salida de un cuadro antiguo. Tenía el cutis terso, tan blanco que se le veían las venas. Una centena de minúsculos pelos blancos asomaban en su barbilla, abriéndole los poros. Había un gesto, parecido a masticar con desprecio, pero cuando no tenía nada de comida en la boca.

- Necesito que cumplas con las tareas de hoy, pero no como ayer, que dejaste cada cosa incompleta, un poco descuidada y bastante mal hecha. Necesito que esta vez, te concentres en lo que estás haciendo y lo hagas bien, ¿me escuchaste Ilustración?

- Si, Madre. Creí haber cumplido bien con mis tareas, no sabía que habían quedado mal hechas...
- Pésimamente hechas niña, no le prestas la más mínima atención al detalle. Parece mentira que no te des cuenta. ¿Y es que acaso no observas?

Cuando miraba a la Madre Superiora, no sentía ira en su pecho, tampoco una caricia. La observaba con distancia y lejanía, como un estudiante de sociología que se sienta por primera vez en un parque a mirar las conductas de las gentes. No se llevaba ninguna sorpresa. No había un dolor en sus palabras punzantes, después de todo, la Madre Superiora no era, en realidad, su verdadera madre, claro está. Solo una madre así encuentra el modo de retorcer la herida del pecho, hasta



hacerla sangrar por la mañana en el desayuno. Eran palabras vacías, igual que las de un capitán frente a su ejército ya vencido, derrotado. Nadie quiere escuchar. Nadie quiere oír. Cada quien necesita volver a su casa.

Alcanzó a meterse unos pedazos de pan que parecían sobrantes en la boca, y sonó la puerta, con los toquidos característicos del hombre de las verduras y los huevos. Le abrió y le dejó entrar, para que colocara una enorme canasta sobre la mesa.

La Madre Superiora se puso de pie de inmediato. Cambiaba su actitud drásticamente cuando se hallaba en presencia de un hombre que no fuera Dios. Sacaba una sonrisa de abajo del hábito y hablaba suave, tersa, como si no fuera un tirano el resto del día.

El hombre de las verduras, era muy joven, bastante apuesto y musculoso, al estilo de las películas francesas. Sacó desde el fondo de la canasta, una botella de vino tinto, que le puso en las manos a la Madre Superiora, la cual duplicó sus sonrisas.

Como si tuviera mil bolsillos, la Madre guardó el vino entre sus hábitos, mientras le echaba una mirada de desprecio a Ilustración, que guardaba la loza seca. “¿Cuánto saldrá la hora de este trabajo?”, pensaba, mientras secaba y levantaba las pequeñas migas que habían caído de la Madre Superiora sobre la mesa. “¡Qué asco!”.

Ni bien el hombre se fue, comenzó nuevamente el listado de tareas, que fluía de la boca de la Superiora, como si fueran pulgas escapando de un perro intoxicado. Después se fue, dejando sola a Ilustración, con sus tareas.

- Entonces, en resumidas cuentas, tengo que encerar el suelo, que me va a llevar como dos horas, porque a la Madre le gusta que quede impecable, ¡brillante!, ¡brillante!, como para resbalar a no creyentes. Sacar la basura, que aparentemente ya organiza una pila en el fondo, pese a que estoy bastante segura de que la saqué ayer, o antes de ayer, o hace muy poco. El jardín, no olvidar el jardín, por la maleza que me dijo crecía por todas partes. Sacar las cortinas, para lavarlas, tenderlas, esperar a que se seque y plancharlas, si, porque pese a que lo hice la semana pasada, la Madre Superiora considera que están empolvadas, si. ¿Y qué más? ¿Qué más era?

### III

Salió al jardín y con la escoba desgastada, comenzó a barrer las hojas muertas. Sentía la textura de las hojas en sus manos, como si las estuviera tocando, a través de la sensibilidad del instrumento. Acariciaba al follaje roto.

Pronto, de manera hipnótica, comenzó a ver, que las hojas se enredaban con papeles blancos, tapizados en letras, que habían sido alguna vez un periódico, una revista o el envoltorio de una caja. Empezó a jugar con la escoba, las hojas y el papel, mientras el sonido del viento, alborotaba sus hábitos.



Desde los bolsillos escondidos de su hábito, sacó su encendedor de plata, y miró para todas partes, buscando señales de ser descubierta. Ni ventanas abiertas, ni ojos fisgones. Se arrodilló en el cemento y encendió una sola hoja. Solo una hoja. Tardó un poco en agarrar, pero pronto estuvo envuelta en llamas, perdiendo su color marrón, hasta convertirse en cenizas.

Luego, agarró otra hoja, y repitió la operación, quemándose la punta de los dedos.

Cuando estaba a punto de tomar la tercera, una hoja grande que bailaba junto al papel, escuchó la voz inconfundible de la Madre Superiora, gritándole, desde el otro extremo del jardín.

- ¿¡Qué estás haciendo, niña imbécil?!
- Nada Madre Superiora, discúlpeme, por favor, perdóneme.

- ¡Estás perdiendo el tiempo! ¡Procrastinando!  
¡Te la pasas procrastinando! No hay momento en el que no me de la vuelta y pueda verte, sin que estés haciendo algo estúpido, como quedarte allí, sentada en el cemento.  
¡Continúa barriendo, niña!

La Madre Ilustración era para entonces, una mujer adulta. Su etapa infantil había pasado hacía muchísimo tiempo, así que le costaba comprender por qué para la Superiora, era todo tiempo una pequeña niña, inútil y torpe.

A menudo pensaba que su ubicación estricta, se debía a fines educativos. Cuanto más dura fuera con ella, más lograría templar su carácter. Puros beneficios. Nadie se convirtió a la grandeza, en base al trato con flores, siempre fue el rigor, lo que formó las grandes personalidades. O al menos,

eso pensaba ella, mientras contemplaba en su cabeza, la estatuilla del Jesús crucificado, aunque no lo estuviese viendo.

- Perdóname Jesús. Discúlpame por distraerme a veces, de tu abrigo y de tu causa. Por tener que pedirte, tan a menudo, que hagas la vista a un lado, para que no me veas. ¡No me veas, Jesús!

Sacó la basura, sin la emoción de haber dejado nada ni remotamente sospechoso en la pila del fondo. A diferencia, de otras veces, en las que esperaba con ansias el momento en el que pasaran los trabajadores de la basura, para purificarla.



Pero esta vez, no había nada extraño, ni esa sensación de vaciarse cuando se iba el camión. Solo era basura. La basura de alguien más. De la Madre Superiora y el resto del Convento que parecía siempre tan ausente.

Para cuando terminó, la noche se apoderó de su cuerpo. Lo que durante la tarde, fueron tan solo algunas hojas quemadas, sin la presencia del sol, se alternaba como necesidad indeleble.

La puerta trasera la esperó para que cruzara en puntillas de pie. Salió a la ciudad, igual que un perro que se escapa cuando se abre una puerta, y corre, corre, a toda la velocidad, en dirección hacia ninguna parte.

No llevó puesto su hábito, el que dejó colgado en su habitación vacía. Y buscó por la ciudad, con rostro depredador, hasta encontrar un objetivo. No tardó mucho en divisar a lo lejos, los dos silos de

una fábrica abandonada. Habrá tenido harina, trigo, o algún otro tipo de maíz, que llenó hasta el tope, las redondas superficies. Intentó subirse a uno, pero las escaleras estaban completamente oxidadas, y tendían a romperse con el peso de los pies haciendo apoyo.

No había alambres, así que la recorrió sin barreras, examinándola, igual que una científica que mira la posición de los postes, de los cables, de las cañerías y sus válvulas. Dio varias vueltas, una con la cabeza hacia arriba, otra con la cabeza hacia abajo. Giró. Sintió con sus zapatos negros, el roce de las piedras sobre el suelo, desparramadas, dando cuenta de que nadie había barrido en décadas.

Sin hacerlo de manera consciente, sus labios comenzaron a silbar unas estrofas, que se repetían, una vez, otra vez, envolviendo el

ambiente del clima de una película de terror. Pero ella no sentía miedo, no había ira, ni desgracia. Su corazón estaba tan vacío, como los silos oxidados.

El encendedor plateado que siempre llevaba consigo, empezó a arderle en el bolsillo.

- ¡Ay poderoso, Dios mío! Entrégame la calma que me falta durante las noches, cuando mis dientes se aprietan y se ausenta la calma. Entrégame la calma, para no tener que salir por las calles, como una autómata.

Ninguna voz respondía ante sus súplicas. La noche estaba tan vacía como ella. Su única compañía, era el encendedor aquel, ya en su mano, jugueteando con sus dedos.

Pegó un salto por el movimiento y el ruido que hizo alguna clase de paloma, murciélago, o bicho que salió volando en la oscuridad. Las estrellas no alcanzaban para iluminar sus pasos, y la luna, se había escondido para no verla. Le pidió a Jesús que no mirara. Que se diera la vuelta, por un momento, por un instante esta noche.

- Te lo juro, Jesús, te lo juro que esta es la última vez. ¿Para qué quieres este sitio, Jesús? Abandonado y viejo. Solo las ratas, las palomas y los murciélagos habitan este antro. ¡Lo estoy purificando! ¡Llámame tu servidora! ¡Tu personal de limpieza! No contra humanos, como un nazi, sino contra estas cosas, tan podridas, tan putrefactas, tan mundanas. ¡Para qué quieres estos dos silos, Señor! ¡Con todo este óxido viejo! Limpiemos este agujero, para que crezca nuevamente la yerba, Señor

Mío, y la pradera, vuelva a su tan codiciado sitio.

## IV

Una paloma abrió sus alas, justo frente a ella, absorbiendo la oscuridad de la noche, parecía un ángel de las tinieblas, que hizo sobresaltar a la Madre Ilustración.

Irritada intentaba encender sin éxito los silos, gigantes de metal, incapaces de prender. ¡Incautos! Sin advertir, la desesperada búsqueda del fuego.

Junto a los silos, un granero se alzaba con placas de madera. “¡Perfecto!”, pensó y se acercó rápidamente. El suelo crujía bajo sus pies. Volvió a repetir su tradicional giro de cabeza para asegurarse de que nadie estuviese viendo. Y empezó a buscar un hueco en la madera, una parte profunda desde la cual poder atacar.

La culpa comenzó a devorar su cabeza, como un águila, el temblor se apoderó de su cuerpo y una

sonrisa maliciosa, no pudo evitar salir desde su boca y ardió con el fuego.

Poco a poco el granero se dejó abrazar por el color rojo, naranja, verde y azul de las llamas. Y los silos, en su puesto, no pudieron evitar resquebrajarse y romperse por el calor invasivo.

Ilustración vio todo suceder, sentada a unos pasos, con ojos de lumbre, escuchaba el sonido de las chispas, con lágrimas en los ojos.

Distinguió el sonido de voces humanas, y se puso de pie inmediatamente. Por un momento, temió que la descubrieran, que al fin alguien pusiera de manifiesto su más nefasto secreto. Pero no sintió tristeza, ni un pánico real, la adrenalina se apoderó de ella, y se echó a correr.

Corrió y corrió, atravesó calles descubiertas, se alejó tanto como pudo, creyendo que así podría alejarse de sí misma.

Volvió al Convento y entró por la misma puerta, segura, tranquila, que la aguardaba para ver traspasarla de puntillas.

En cuanto abrió, para lanzar su cuerpo hacia el interior y su abrigo, la Madre Superiora estaba de pie, con la luz prendida.

- ¡Te escapaste, puta! ¿Qué hiciste? ¿A qué maleante le fuiste a regalar tu cuerpo, perra? ¡Desatarás la ira de Dios! El Eterno te ha visto esta noche, ¡puta!, has profanado el cuerpo sagrado que te ha sido entregado en préstamo. ¡Te fugaste, por un hombre!
- No, no. ¡No! Madre Superiora, créame. Nunca haría eso. Jamás. Simplemente no entraría en mi entendimiento, entregarme a un hombre, no, ¿cómo cree?, ¿cómo me cree capaz de una cosa así? Míreme. Mire mi pelo. Mire mi



ropa. Mire mi cuerpo. No hay signos de profanación. No hay signos, Madre Superiora.

- ¡Te escapaste! ¿A dónde estabas, zorra?
- Madre, por nuestro Señor Jesucristo, que yo le juro, que estaba aquí mismo, en nuestro jardín, pues recordé que dejé olvidada la escoba y tenía miedo de que usted, no pudiera encontrarla después, en caso de precisarla para algo.
- ¿Y dónde está la escoba entonces, zorra, puta? ¡No ves que no traes ninguna escoba entre las manos! ¡Penes, penes es lo que fuiste a tocar! ¡Confiésate ante tu Dios!
- No. No. ¡No! Madre Superiora, tiene que creerme. Lo que sucede es que yo, tomé la escoba que había dejado olvidada y regresé para guardarla, pero luego noté, que había una sombra extraña entre los rosales y quise ir, de inmediato, para asegurarme de que no

fuera un nefasto asesino y la sombra de un violador en serie. Tiene que creerme Madre, ¿cuándo le he mentado? ¿A dónde iría? Si en este pueblo yo no conozco a nadie.

- Esto tiene que ser una broma. Te salvaste esta vez, niñita poco lista, pero pronto volverás a caer, y te voy a atrapar con las manos en la masa. Cuando estés besuqueando al maleante aquel, tirada sobre sus piernas, arrodillada en su regazo, allí, ¡te atraparé Dios!

Pero no había ningún hombre en la vida de la Madre Ilustración, más allá del Jesús crucificado en la pared. Tan pronto como pudo, huyó hacia su habitación y se recostó sobre la cama. Tendría que ser más cautelosa la próxima vez. Se había prometido muchas veces que ya no lo haría, y se

lo había prometido a su Dios, pero las llamas se encendían en la punta de sus dedos. No le hacía daño a nadie. No iba a hacerle daño a nadie. No iba a hacerle ningún daño a quienes conocía, como a la Madre Superiora, más allá de sus modales y su forma tiránica.

- No por ser un déspota en hábitos, a mí se me va a ocurrir la idea de hacerle ningún tipo de daño. No. De ninguna manera. ¿Me creerías capaz, Jesús, de hacer una cosa así? No porque me haya llamado puta, zorra, perra, de innumerables maneras y con tonos de voz cada vez exagerados, yo voy a tomar cartas en el asunto. No, Jesús. ¿Cómo me crees que capaz? Si yo sé que cuando te pido que no mires, tú miras.

Debo confesar sin embargo, que en ocasiones me quedo esperando a que tomes alguna

revancha, algún castigo divino o merecido de importancia. Pero a juzgar por el transcurrir del paso del tiempo, me quedaré esperando. Un esguince de pie. ¿Una fractura mínima, aunque sea en un dedo? Porque yo no puedo Jesús, ¿cómo me crees capaz? Sería más fácil si descubriera un buen día, que usa la piel de los bebés para hacerse máscaras faciales. O que juega a la pelota con los cráneos de las niñas huérfanas y se hace vestidos de piel con la piel de perritos dálmatas. Pero no son muchas las historias que se pueden contar al respecto.

Solo me dijo puta, perra, zorra, Jesús, no merece por ello un daño, ¿cómo crees? ¡Me ofende que lo pienses de mi, Jesús, porque te veo mirándome, con tus manos ensangrentadas y tu corona de espinas. ¡Yo también soy una mártir! ¿O por qué me hiciste

así? Con esta manía. Yo quería ser completa e integral, absolutamente consecuente, una unidad, no contrapuesta. ¡Y mírame Jesús! Me has hecho una <<mezcla explosiva>>, revuelta de materiales peligrosos. ¡No puedes culparme! “Zorra”, “puta”, “perra”, son cosas que se dicen al pasar. No es nada importante. Mañana cuando vea que no hay hombre se le pasará. Ya no pensará eso de mí. Mañana cuando vea que no hay hombre, yo lograré ser ante sus ojos, alguien importante.

# V

La noche transcurrió llena de culpas. Los hombres han explorado a menudo el mundo de sus defectos. ¿Pero qué derecho tenemos las mujeres de manifestar nuestras tinieblas? ¿Y qué si producto de la culpa, lo malo en realidad es lo bueno, y lo bueno, es lo malo? ¿Es bueno el látigo que castiga las pieles? ¿Es malo el ladrón que roba una pieza de pan? Para el hombre la mala consciencia. Para la mujer la culpa. ¿Y si en la esfera de lo oprimido, el mal, se troca en bien, y el bien, es el verdadero mal?

La Madre Superiora se despertó aún más temprano de lo común, y bajó al galope, buscando la habitación de Ilustración. Le golpeó tan fuerte la puerta, que de la cama se cayó, asustándose, todavía en el suelo. Los cabellos sobre la cara,

despeinada a más no poder, los dos pies descalzos sobre el suelo y las dos manos apoyadas, como si se hubiese caído de un árbol, de un tren en movimiento o del mismísimo cielo.

Nada le importó a la Superiora, que la tomó por la espalda, y la puso de pie en un parpadeo. Algo agresiva. Algo violenta. Tratándola como si pudiera sostenerla entre sus manos, alzarla, traerla, llevarla, igual que a un pequeño bebé.

- Hoy no habrá lugar a problemas. ¿Me entendiste Ilustración? Vamos a hacer las cosas bien. Yo también fui joven alguna vez, y no voy a permitir, de ninguna manera, que esto se distorsione. ¡Por el poder que Dios me confiere sobre ti, sígueme...!
- ¿A dónde vamos, Madre?
- Cámbiale, anda niña, ponte el hábito y sale, que esta habitación huele a miserias.

- Es la humedad Madre, disculpe, está por todas partes. El monstruo silencioso que amenaza las paredes del Convento.
- ¡No me des cátedra, niña! Que conozco este lugar como la palma de mi mano, anda, cámbiate más rápido y vamos, que la humedad estaba allí antes de que llegues y se quedará después de que te vayas.

Al salir, la ventana quedó abierta para ventilar el ambiente. No hubo desayuno. Ni hombre de las verduras. La Madre llevó a Ilustración directamente hacia afuera, al jardín.

- Ahora agarra la escoba, entre ambas manos.
- Si, Madre. Aquí está la escoba.
- Perfecto. ¡Qué niña tan obediente! Ponla en tu espalda, y acuéstate en el suelo.



- ¿Cómo?
- Si. Que te recuestes en el suelo, y pongas la escoba detrás de tu espalda, en el cuello, de lado a lado, entre brazo y brazo.
- Está bien, Madre.
- Eso, perfecto. Ahora levanta la cabeza, hasta las rodillas, cien veces.
- ¡¿Cómo?!
- Si, cien veces.
- ¿Pero eso es, qué cosa, madre, un castigo militar?
- Cien veces, dije.
- Madre, yo, no puedo hacerlo, perdóneme, no soy la persona más atlética.
- Te quedarás ahí entonces, en el suelo, durante todo el día de hoy, y de mañana, o hasta que dejes de ser ¡impura!

Repitiendo la palabra “impura” entre sus dientes, la Madre Superiora se alejó del jardín, ingresando al Convento. Ilustración se quedó, con la vista puesta fija en el Cielo, durante varias horas. El tiempo pasaba sin cronometrar, todo parecía girar, pero ella no lo veía. Sus pensamientos, comenzaban a corroerle los oídos.

Se preguntaba, incesantemente, en qué momento volvería la Madre Superiora a sacarla de su castigo. Se preguntaba si, tendría que levantarse, inmediatamente y salir de allí. Después de todo, no era ninguna niña.

- ¿Qué hago? ¿Qué hago? ¿Qué hago? ¿Qué estoy haciendo acá? Esta mujer, esta mujer no es mi madre. Ni siquiera es mi madre. Ni siquiera es Dios. ¿Y si Dios está equivocado? ¿Y si esta mujer está equivocada? ¿Y si ella no es la mano del Señor sobre la tierra, y solo

es una torturadora, serial, que encontró una nueva víctima, en mi? ¿Qué hago? ¿Qué hago? ¿Qué hago, Dios? ¿Me levanto? ¡Me levantaré! ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¡Han de haber sido horas! ¿Qué hago? ¿Qué hago? ¡Me levantaré!

La noche cayó sobre su silueta, dejándola sin sombra sobre el suelo. Las preguntas no paraban de recorrerle los cabellos cubiertos por el velo, y el palo de la escoba, aun estaba bajo su cuello, empezando a torcerle. La Madre Superiora no volvió. Pequeñas gotitas de madrugada comenzaron a caerle sobre la piel del rostro. No sabía qué hora era, ni cuánto tiempo había pasado.

No se veía ninguna luz, ni se escuchaban ruidos. Para entonces Ilustración empezó a temer que

algún bicho, o animal pequeño, silvestre, del jardín, se le viniera encima. Y estaba todo tan oscuro, que decidió sentarse. Tenía dormida la mitad del cuerpo y una sensación de angustia que le iba de la boca al estómago, como si fuera un trago de aguarrás.

- Tiene razón, tiene razón en castigarme. He sido mala, mala. La culpa es mía. Soy una mala mujer. ¡Mala mujer! Merezco el castigo divino. ¡Que todos los rayos caigan sobre mi pecho! ¡Que cráteres enormes me apunten desde el Cielo y me dejen petrificada contra este suelo! ¡Venga a mi el castigo! ¡Lo merezco!

Mientras repetía: “lo merezco”, “lo merezco”, Ilustración miraba al Cielo, pero ningún rayo, ni

cráter la apuntaban. Así que decidió ponerse de pie. Al principio, sus piernas no respondieron. Se doblaron. Pero después de varios intentos, al fin, estaba de nuevo sobre sus propias piernas. Firme.

Usó su clásica mirada para observar hacia todos lados, una técnica que la acompañaría hasta la muerte, y pudo certificar que no había Madre Superiora por ningún lado. Sin quererlo, ni pensarlo, disparado directamente desde el inconsciente, empezó a silbar, la misma melodía, tantas veces escuchada, en las películas de terror. No iba a hacerle ningún daño, a esa señora envuelta en hábitos, tiránica por costumbre. ¿Cómo podría? Si era buena, Ilustración, buena, buena.

## VI

Caminó hacia el convento y entró por la puerta de atrás, directo hacia su habitación, con los brazos y piernas semi abiertos, como si estuviese cubierta por agua.

Dio un portazo, cerró con traba y se sentó sobre la cama, sin importarle el ruido. Miró a Jesús, iracunda, sintiéndose profundamente decepcionada.

- Dices estar ahí, pero no me detuviste cuando encendí la gasolinera. Dices estar ahí, pero no me detuviste cuando encendí el granero y los silos. Dices estar ahí, pero no hiciste nada cuando la Madre Superiora me dejó allí afuera, hora tras hora, en mi castigo. ¡Tú no eres Jesús! ¡Eres un impostor! ¡El impostor de la Cruz!

Y furiosa arrancó la estatuilla de la pared y la apretó entre sus dos manos.

La Madre Superiora, acudió a su puerta, como una mosca atraída por la miel, gritando palabras de ira, intentando arrancar el picaporte de su sitio.

Ilustración estaba todavía, más furiosa. Azotaba la cruz contra la cama y luego contra los muebles de su pieza. Esa estantería de madera oscura, que había reposado la vestimenta de tantas otras mujeres. El espejo redondo con marco dorado. La ventana. La puerta. Azotó la cruz contra cada costado. Emitiendo un sonido animal entre diente y diente.

Hasta que sintió el ardor en su bolsillo. El encendedor plateado bullía junto a sus caderas, así que lo tomó entre las yemas de sus dedos, haciéndole tacto, sintiendo la rueda, y lo encendió.

Lo primero en quemarse fue Jesús en su cruz. La madera que componía la estatuilla, abrazó el fuego en segundos. Después las sábanas y las cortinas. Pronto el humo comenzó a salir tras la puerta y apoderarse de las paredes interiores del convento.

Empezaron a arder los tapices de tela colgados en las paredes y la imagen de la Virgen María, con su niño Jesús entre los brazos, se carbonizó rápidamente. Las alfombras prendieron en un santiamén, reemplazando los bellos colores rojos, verdes, azules brillantes, por marchitos desaparecidos grises.

Todo comenzó a volverse humo, tan velozmente, que impedía reaccionar. Los techos se volvieron bóvedas de calor y de muerte.



La Madre Superiora pudo correr, escapar, salir hacia afuera. Pero seguía golpeando la puerta, gritándole a Ilustración, enajenada.

- ¡Sal de ahí, niña malcriada! ¡Ya verás! ¡Esto te costará 1.000 sentadillas! Y otras tantas tareas que le debes al Señor, niña estúpida, ¡loca! ¡Pulirás las cerezas! ¡Barrerás debajo del convento! ¡Sacarás la ropa de cada estatuilla, incluso aquella que esté tallada y la lavarás, la colgarás! ¡Tu castigo será eterno! ¡Infinito! ¡No pasará un solo día en el que no lamentos haber nacido! ¡Putá! ¡Niña malcriada!

El fuego perforó la habitación. Y comenzó a besar el hábito de la Madre Superiora. Pero ella no sentía que se quemaba, seguía gritando,

golpeando la puerta, furiosa. Como si la ira que brotaba desde su interior, no le permitiera sentir dolor alguno. No sentía quemaduras, ni el olor, ni el fuego, ni el humo subir. No veía las tinieblas apoderarse de sus ojos. Seguía gritando, furiosa, azotando la puerta con toda la violencia de sus manos.

Las llamas subieron por su pecho, hasta entrar en su garganta, mientras continuaba gritando.

- ¡Chiquilla malcriada, mala mujer, abre la puerta! ¡Arderás en el infierno, niña estúpida! ¡Putas! ¡Putas de mierda! ¡Todo esto es por un hombre, lo presiento, puedo olfatearlo en el aire! ¡Hay olor a macho! ¡Quieres escaparte de nuevo, con un hombre, putas! ¡Dios te excomulgara! ¡Dios te va a castigar! ¡Porque el Señor todo lo ve, todo lo sabe!

Ilustración abrió la ventana y salió hacia el jardín, como si fuera un día de sol y ella estuviera recién despertando. Tenía la actitud de quien acaba de terminar una clase de Yoga, o pasea de vacaciones por las orillas de algún Rin.

Cruzó las fronteras del jardín y caminó por la ciudad, sin un solo rasguño en el cuerpo. Sus manos sobre Jesús, no habían sufrido ni una sola quemadura. Sus pies, en el suelo hirviendo. El rostro, mirando llamas. Todo permanecía incólume. Intocable. Como si la única prueba de manifestación divina, pudiera ser esa.

Durante unas cuerdas silbó, y luego se cansó de silbar. No pensó en Jesús, ni en sus hábitos. No pensó en la Madre Superiora, pasando la eternidad tras esa puerta, enfurecida. No pensó en las lagartijas, ni en ningún otro castigo militar. Se sentó en la banca de una plaza, proyectando la

sombra de sus ojeras sobre los árboles, y se echó a llorar.

Al brotar de sus ojos, la última gota, sintió el ardor plateado en su cadera, así que sacó el encendedor, invariablemente en su bolsillo, y frotó con el dedo la rueda, para encenderle. Pero el encendedor no se prendió. Volvió a insistir, esta vez con mayor fuerza, con mayor determinación, pero el encendedor no prendió.

Se puso de pie y empezó a gritar. Apretando entre sus dedos, el encendedor. Hasta que un hombre se aproximó a ella.

- Disculpe señorita, ¿qué le pasa?, ¿la puedo ayudar?, ¿por qué está gritando?
- ¡Nadie me puede ayudar! ¡Ni usted, ni nadie! Gracias amable caballero, pero no tengo soluciones ni remedios.
- ¿Está usted enferma, señorita?

- Esa es una pregunta difícil de responder. Quizás, de hecho, si yo pudiera responder, en primer lugar, esa pregunta, no tendría todos los problemas que tengo.
- No logro entenderla...
- ¡Nadie logra entenderme! ¡Y ese es precisamente el problema!

El hombre tenía puesto un sobretodo gris, y caminaba encorvado, como si le doliera increíblemente la espalda. Olía a una especie de comino o nuez moscada y hablaba con toda la paciencia, como si el tiempo no existiera a su alrededor.

Ilustración hubiera querido contarle todo lo que había pasado, reflexionar sobre cada detalle. Era la ocasión perfecta para confesarse, para buscar redención. ¡Para buscar hablar con Dios!

¡Redimirse! ¡Conversar con Jesús! Pero no lo hizo. No le dijo ni una sola palabra a nadie. Había aprendido que el verbo, pertenecía también, al mundo de los hombres. Se despidió amablemente del caballero. Y apretó el encendedor entre sus manos, sintiendo, por fin, su frío.





[www.danahartescritora.com](http://www.danahartescritora.com)